

TE CUENTO LA NAVIDAD

VISIONES Y MIRADAS
SOBRE LAS FIESTAS DE INVIERNO

José María Miura Andrades
[director]

Aconcagua Libros
Sevilla, 2011

Colección TEXTOS UNIVERSITARIOS, nº 30

© Los autores

© De esta edición, Aconcagua Libros

Sevilla, 2011

Imprime: Publidisa

D.L.: SE-9405-2011

ISBN: 978-84-96178-39-7

Diseño de cubierta: Diego Torres

E-mail: aconcagua@arrakis.es

www.aconcagualibros.com

<http://aconcagualibros.blogspot.com/>

Impreso en España – Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Índice

<i>Juan Jiménez Martínez. Rector de la UPO.....</i>	9
<i>Joaquín Fernández Garro. Alcalde de Umbrete.....</i>	11
<i>¡Oh capitán, mi capitán! Ana Rivero Rodríguez, Sara Méndez Cano y Pedro González Mora.....</i>	13
<i>Presentación. José María Miura Andrades.....</i>	19
<i>La Navidad de mi infancia. José Sánchez Herrero.....</i>	25
<i>Los neardentales también vivieron la Navidad. Antonio Santiago Pérez.....</i>	31
<i>¿Por qué Jesús nació en Belén?. Un apunte sobre el "Censo de Quirino". José María Ribas Alba.....</i>	35
<i>La celebración de la Navidad en al-Andalus y la convivencia entre cristianos y musulmanes. Alejandro García Sanjuán.....</i>	43
<i>El nacimiento de Cristo en la obra de Gonzalo de Berceo Juan Antonio Ruiz Domínguez.....</i>	51
<i>La celebración de la Navidad en Castilla y Andalucía durante la Baja Edad Media: La Corte de D. Miguel Lucas de Iranzo Antonio Sánchez de Mora.....</i>	59
<i>Colón y la Navidad: Los sitios arqueológicos de Fuerte Navidad y La Isabela en La Española. Juan M. Campos Carrasco.....</i>	71
<i>Navidades subversivas: diatribas y defensas en la Inglaterra del siglo XVII. Jorge Casanova García.....</i>	85
<i>El pobre de San José. Devoción y burla en torno a un personaje. sagrado en Navidad. Alberto del Campo Tejedor.....</i>	99
<i>Navidades en los márgenes. Luis Gómez Canseco.....</i>	139
<i>Los aspectos ocultos de Canción de Navidad de Charles Dickens. María Losada Friend.....</i>	147

Navidades en los márgenes

Luis Gómez Canseco
Universidad de Huelva

Las caras de la devoción son múltiples y contradictorias. Lo en que en el culto propio resulta lógico y razonable, en el ajeno se torna estúpido e injustificado, lo que la ortodoxia sanciona en cierto momento histórico se puede transformar en heterodoxia inesperadamente, porque para que exista un orden y un centro ha de haber márgenes excéntricos, que con frecuencia se miran con mucha más atención que el texto de la historia que ha terminado por conformar un canon. La Navidad, como objeto central de la devoción cristiana, no ha sido en absoluto ajena a ese ir y venir de creencias, dogmas y hasta de pequeñas o grandes irreverencias.

La historia canónica de las Navidades la formuló san Lucas en su evangelio, cuando narra el nacimiento de Jesucristo: "Estando allí [en Belén] se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón. Había en la región unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando sobre su rebaño. Se les presentó ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvía con su luz quedando ellos sobrecogidos de gran temor. Díjoles el ángel: "No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías, Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre". Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y paz, en la tierra a los hombres de buena voluntad»" (Lc 2, 1-16). Fue, sin embargo, san Mateo quien añadió todo lo referente a los reyes magos: "Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: "¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle". A lo que luego añade:

Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. (Mt 2, 1 y 9-11)

Ésta es la historia oficial, pero lo cierto es que la Iglesia desechó de su canon teológico una serie de textos que narran de un modo menos conciso y más sugestivo el nacimiento y la infancia de Cristo. Como ocurre con la hagiografía o con las devociones más populares, la institución se reserva los derechos, aunque consiente la vida en los márgenes de otras creencias que no alteren la esencia del dogma y que hagan la historia sagrada más atractiva o cercana a los creyentes. En el caso del nacimiento y epifanía de Cristo, esa otra historia se recogió en evangelios apócrifos como el *Protoevangelio de Santiago*, el *Evangelio del Pseudo Mateo*, el *Libro sobre la infancia del Salvador* o el *Evangelio del pseudo Tomás*. La versión que ofrece el *Protoevangelio de Santiago* –atribuido nada menos que a Santiago el Menor, hijo de Zebedeo y hermano del mismo Cristo– resulta apasionante. Narra Santiago que el parto sorprende a José y a María cuando se dirigen a Belén. Mientras María espera en una cueva, José sale en busca de una partera y ya en el camino empiezan a suceder cosas extrañas, que el propio José narra en primera persona:

Y yo, José, me eché a andar, pero no podía avanzar; y al elevar mis ojos al espacio, me pareció ver como si el aire estuviera estremecido de asombro; y cuando fijé mi vista en el firmamento, lo encontré estático y los pájaros del cielo inmóviles; y al dirigir mi mirada hacia la tierra, vi un recipiente en el suelo y unos trabajadores echados en actitud de comer, con sus manos en la vasija. Pero los que simulaban masticar, en realidad no masticaban; y los que parecían estar en actitud de tomar la comida, tampoco la sacaban del plato; y, finalmente, los que parecían introducir los manjares en la boca, no lo hacían, sino que todos tenían sus rostros mirando hacia arriba. También había unas ovejas que iban siendo arreadas, pero no daban un paso, y el pastor levantó la diestra para bastonearlas, pero quedó su mano tendida en el aire. Y, al dirigir mi vista hacia la corriente del río, vi cómo unos cabritillos ponían en ella sus hocicos, pero no bebían. En una palabra, todas las cosas eran en un momento apartadas de su curso normal (*Santiago* 18, 2).

Las palabras de José a la partera insisten lo extraordinario del embarazo: «"¿Y quién es –añadió– la que está dando a luz en la cueva?". "Es mi esposa", dije yo. A lo que ella repuso: "Entonces, ¿no es tu mujer?" Yo le contesté: "Es María, la que se crió en el templo del Señor, que aunque me cayó en suerte a mí por mujer, no lo es, sino que ha concebido por virtud del Espíritu Santo"». Y esos prodigios se ven corroborados al entrar en la cueva: "Al llegar al lugar de la gruta se pararon, y he aquí que ésta estaba sombreada por una nube luminosa. Y exclamó la partera: "Mi alma ha sido engrandecida hoy, porque han visto mis ojos cosas increíbles, pues ha nacido la salvación para Israel". De repente, la nube empezó a retirarse de la gruta y brilló dentro una luz tan grande, que nuestros ojos no podían resistirla. Ésta por un momento comenzó a disminuir

hasta tanto que apareció el niño y vino a tomar el pecho de su madre, María. La partera entonces dio un grito, diciendo: "Grande es para mí el día de hoy, ya que he podido ver con mis propios ojos un nuevo milagro"" (*Santiago* 19, 1-2). Aun así, a la partera Salomé le asaltan las dudas de que todo aquello no sea sino cosa de magia y pide una comprobación material del milagro:

Y, al salir la partera de la gruta, vino a su encuentro Salomé, y ella exclamó: "Salomé, Salomé, tengo que contarte una maravilla nunca vista, y es que una virgen ha dado a luz; cosa que, como sabes, no sufre la naturaleza humana." Pero Salomé repuso: "Por vida del Señor, mi Dios, que no creeré tal cosa si no me es dado introducir mi dedo y examinar su naturaleza. Y, habiendo entrado la partera, le dijo a María: "Disponte, porque hay entre nosotras un gran altercado con relación a ti". Salomé, pues, introdujo su dedo en la naturaleza, mas de repente lanzó un grito, diciendo: "¡Ay de mí! ¡Mi maldad y mi incredulidad tienen la culpa! Por tentar al Dios vivo se desprende de mi cuerpo mi mano carbonizada" (*Santiago* 19, 3-20, 1).

El paralelismo con el episodio en que santo Tomás asegura, en el evangelio de san Juan 20, 24-29, que no creerá en la resurrección de Cristo, si no mete su mano en la herida del costado resulta evidente. Sólo que la prueba de Salomé pudiera parecer más problemática, ya que no estamos hablando del costado de Cristo, sino de la naturaleza de la virgen María.

El *Protoevangelio de Santiago* se escribió probablemente hacia el siglo II después de Cristo y la versión definitiva pudo concluirse hacia el siglo IV con la intención de ofrecer un testimonio irrefutable y empírico no sólo de la inmaculada concepción de María, sino de su virginidad física. Pero cabe preguntarse por qué los cristianos del siglo II tenían tanto empeño en defender la virginidad de la María y en términos tan radicales y difíciles como los aquí narrados. La respuesta está en la misma historia del cristianismo y en las burlas que los paganos hicieron de un principio teológico como la virginidad de María. A pesar de que los cristianos, cuando llegaron al poder, procuraron hacer desaparecer todas esas críticas, nos ha llegado un excelente testimonio de ellas por una vía insospechada. Se trata del *Discurso verdadero contra los cristianos*, escrito por un filósofo neoplatónico llamado Celso, precisamente en el siglo II. Los únicos fragmentos de su obra que conocemos se encuentran dentro de un texto apologético que escribió el teólogo cristiano Orígenes, su tratado *Contra Celso*. En un momento determinado, Celso puso en escena a un personaje judío que impreca directamente a Jesús para contradecir todas las afirmaciones sobre su origen divino y su condición de hijo de Dios:

Comenzaste por fabricar una filiación fabulosa, pretendiendo que debías tu nacimiento a una virgen. En realidad, eres originario de un lugarejo de Judea, hijo de una pobre campesina que vivía de su trabajo. Ésta, culpada de

adulterio con un soldado llamado Pantero, fue rechazada por su marido, carpintero de profesión. Expulsada así y errando de acá para allá ignominiosamente, ella dio a luz en secreto. Más tarde, impelida por la miseria a emigrar, fuese a Egipto, allí alquiló sus brazos por un salario; mientras tanto tú aprendiste algunos de esos poderes mágicos de los que se ufanan los egipcios; volviste después a tu país, e, inflado por los efectos que sabías provocar, te proclamaste Dios.

¿Sería acaso tu madre tan bella como para corresponder a un Dios, cuya naturaleza entre tanto no soporta que Él se rebaje a amar a simples mortales? ¿Querría un dios disfrutar de sus caricias? Pero repugna a un Dios que Él haya amado a una mujer sin fortuna ni nacimiento regio como tu madre, porque nadie, ni siquiera sus vecinos, la conocían. Y, cuando el carpintero, lleno de odio por ella, la expulsó, ni el poder divino ni el "Logos", hábil en persuadir, la pueden salvaguardar de una tal afrenta. Nada hay en esto que haga presentir el Reino de Dios (*Discurso*, 1988, pp. 27-28).

La intención transparente de un Celso cuyo mundo estaba a punto de desaparecer era la de convertir a Cristo en un simple mortal y demostrar así – una vez más – que los dioses y las devociones ajenas nada valen. No obstante, la narración del nacimiento de Cristo tenía que resultarles, como poco, familiar a los paganos. Bastaría echarle un ojo a la *Teogonía* de Hesíodo para recordar que Rea, cuando quedó embarazada de Zeus, se refugió en una cueva de la isla de Creta para evitar que su padre Cronos lo devorara. El niño recién nacido también fue cuidado por la cabra Amaltea y protegido por el pueblo que allí vivía, los Curetes, que defendían al niño de la ira de Cronos haciendo ruido y cantando. Sólo con sustituir a Cronos por Herodes, a Rea por María, a la cabra Amaltea por la burra y el buey, a los Curetes por los pastores y la caverna cretense por el portal de Belén, hubieran tenido el nacimiento de Jesucristo en vez del de Zeus.

Algo similar habría ocurrido con la fecha del nacimiento de Cristo, ubicada originalmente en enero, coincidiendo con la actual festividad de la Epifanía, y luego trasladada a diciembre, en concreto, al solsticio de invierno en la noche del 24 de diciembre. La explicación la ofrecía, allá por el siglo VI, un exegeta siríaco: "El Señor nació en el mes de enero en el mismo día en el que celebramos la Epifanía; pues las fiestas de la Natividad y de la Epifanía se celebraban en un mismo día, porque en el mismo día Él nació y fue bautizado. La razón por la cual nuestros padres cambiaron la solemnidad celebrada el 6 de enero, y la transfirieron al 25 de diciembre se presenta a continuación: era costumbre de los paganos celebrar el nacimiento del sol en este mismo día, el 25 de diciembre, y en ese día ellos encendían luces para la fiesta. En estas solemnidades y festividades también participaban los Cristianos. Por lo tanto cuando los maestros

observaron que los Cristianos se inclinaban a celebrar este festival, se reunieron en consejo y decidieron que se celebrara en esta fecha la verdadera fiesta del nacimiento y el 6 de enero la fiesta de las Epifanías" (Assemani, II, p. 163). Como puede verse, el cristianismo no tuvo inconveniente en alterar el orden del tiempo para integrar las fiestas y las explicaciones paganas de los ritmos de las estaciones en sus propias celebraciones.

Si el nacimiento de Cristo dio lugar a no pocas disputas teológicas, otro tanto ocurrió con los avatares de su infancia. De hecho, los evangelios canónicos no dicen apenas nada de ese período de la vida de Cristo, fuera de la historia del niño perdido y hallado en el templo predicando a los doctores. De nuevo, los evangelios apócrifos resultan más puntuales en la noticia y también más divertidos. Entre otras muchas historias maravillosas –como los gorriones de barro que echan a volar–, el *Evangelio del pseudo Tomás* cuenta un par de episodios maravillosos en los que el niño Jesús aparece como un ser poco o nada caritativo, pues si primero seca y mata al hijo del escriba Anás tal sólo porque estaba dispersando la aguas que él había reunido (*Pseudo Tomás* 3, 1-3), luego acaba con otro niño que le empuja: "Iba otra vez por medio del pueblo y un muchacho, que venía corriendo, fue a chocar contra sus espaldas. Irritado Jesús, le dijo: "No proseguirás tu camino". E inmediatamente cayó muerto el rapaz" (*Pseudo Tomás* 4, 1). Como era de esperar, a los padres del niño muerto la cosa no les pareció nada bien y san José se ve obligado a recriminar a su hijo, que le contesta como quien sabe que es nada menos que Hijo de Dios: "José llamó aparte a Jesús y le amonestó de esta manera: "¿Por qué haces tales cosas, siendo con ello la causa de que éstos odien y persigan?". Jesús replicó: "Bien sé que estas palabras no proceden de ti. Mas por respeto a tu persona callaré. Esos otros, en cambio, recibirán su castigo". Y en el mismo momento quedaron ciegos los que habían hablado mal de él" (*Pseudo Tomás* 5, 1). El último incidente es deliciosamente estrambótico, pues Jesús resucita a otro niño únicamente para demostrar su propia inocencia:

Días después se encontraba Jesús en una terraza jugando. Y uno de los muchachos que con él estaban cayó de lo alto y se mató. Los otros muchachos, al ver esto, se marcharon todos y quedó solo Jesús. Después llegaron los padres del difunto y le echaban a él la culpa. Jesús les dijo: "No, no. Yo no lo he tirado"; mas ellos le maltrataban. Dio un salto entonces Jesús desde arriba, viniendo a caer junto al cadáver. Y se puso a gritar a grandes voces: "Zenón –así se llamaba el rapaz–, levántate y respóndeme: ¿He sido yo el que te ha tirado?" El muerto se levantó al instante y dijo: "No, Señor. Tú no me has tirado, sino que me has resucitado". Al ver esto, quedaron consternados todos los presentes y los padres del muchacho glorificaron a Dios por aquel hecho maravilloso y adoraron a Jesús. (*Pseudo Tomás* 9, 1-3)

Pero estos asuntos, por muy estrafalarios y hasta cómicos que ahora puedan resultar, no eran ni mucho menos asunto de burlas. Todavía a finales del siglo XVI era una cuestión lo suficientemente grave como para que la inquisición procesara a quien anduviera más suelto de lengua de lo debido en estas cuestiones. Así ocurrió con Francisco Sánchez de las Brozas, catedrático de griego en la Universidad de Salamanca, que, entre 1584 y 1600, sufrió dos procesos inquisitoriales, entre otras cosas, por sus comentarios sobre el nacimiento y la infancia de Cristo. De la lectura de esos dos procesos surge una imagen potentísima intelectual y moral de este profesor universitario y otra rígida, cruda y desoladora de la ortodoxia teológica de los censores y fiscales inquisitoriales. Es suficiente revisar algunas de las proposiciones por las que procesaron al Brocense para darse cuenta de ello:

– *Dixo un hombre que lo que se decía en la escriptura que nuestro Señor había estado en el pesebre, que se había de entender como comúnmente se piensa, sino de otra manera.*

– *El mesmo dijo que los reyes magos estaba en duda si eran reyes, porque el Evangelio dice solamemnte quod magi ab Oriente venerunt, y que podían ser grandes señores y no reyes.*

– *El mesmo dijo que los reyes magos no habían venido a adorar a nuestro Señor luego que nació, sino de ahí a dos años, que andaría jugando a la chueca con los otros muchachos.¹*

Las repuestas que dieron los censores del Santo Oficio fray Pedro Bilbao y fray Mateo de Burgos en enero de 1584 no dejaba margen de interpretación:

A la primera se responde que se ha de entender al pie de la letra como lo cuenta el evangelista y como la iglesia y los doctores lo reciben, y es como comúnmente se piensa; y si diferente de cómo comúnmente se piensa, es error por lo menos.

A la tercera se responde que por lo menos es temeraria, porque, aunque el Evangelio no diga que eran reyes, la iglesia los tiene por tales.

La cuarta tiene dos partes: y a la primera se responde que es temeraria y próxima a error, porque della se colige que Cristo y su bendita madre estuvieron dos años en Belén, por que allí vinieron los reyes, y haber estado tanto tiempo es contra lo que dice San Lucas, capítulo 2º: *quod post quam perfecerunt secundum legem Domini, reversi sunt in Nazareth*. La segunda

(1) La *chueca* era un juego de pelota, tal como explicaba don Sebastián de Covarrubias: "Chueca. Es una bolita pequeña con que los labradores suelen jugar en los ejidos el juego que llaman de la chueca, poniéndose tantos a tantos; y tienen sus metas o piñas, y guardan que los contrarios no les pasen la chueca por ellas, y sobre esto se dan muy buenas caídas y golpes" (*Tesoro de la lengua castellana*).

parte dice que el niño Jesús jugaba a la chueca, y esto es error, porque pone imperfección en Cristo, el cual, desde el instante de su concepción, tuvo el entendimiento tan cabal como después, y también es blasfemia, por ser contra la reverencia de Cristo nuestro señor (*Procesos*, pp. 33-35).

El Brocense también dejó caer en sus clases otras lindezas, que fueron saliendo a la luz durante las declaraciones de los testigos:

Que la estrella que se apareció a los magos quando fueron a adorar a Cristo, que es cosa de risa.

Que nuestra Señora estaba muy sosegada en su casa quando parió a Cristo y que no fue en pesebre.

Que Christo nuestro señor no nació en el mes de diciembre, sino en el de septiembre.

Que al nascimiento de nuestro Señor no había habido pastores, diciendo con desdén: "El diablo llevó allí a los pastores".

Las dos primeras fueron calificadas como herejías por fray Bartolomé de la Peña: "La quinta según lo que suenan las palabras éste parece que haze burla y que no cree que apareció estrella, y así es herética" y "La sexta tiene dos partes: la 1ª es que estaba la Virgen en su casa sosegada quando parió a Cristo; es herética contra la escriptura. *Luc 2º* dice que se parió a Belén, a donde en un diversorio parió. La 2ª parte es que no pario en pesebre. Si entendiera que el propio lugar donde, en naciendo, Cristo fue puesto no fue el pesebre, bien entendiera, porque el propio o fue la tierra o los brazos de la Virgen. Esto no me parece que lo entiende, sino absolutamente que no estuvo en el pesebre, y así esta proposición como allí está es herética". También sobre la estrella informaron fray Francisco de Arriba y fray Luis Coloma el 20 de enero de 1595, asegurando que "si quiso significar no haber tenido los reyes para su guía estrella que fuese de las que desde el principio del mundo están fijas en los cielos, tiene buen sentido; mas debemos sospechar que un hombre tan impío y presuntuoso como se muestra el que afirmó estas proposiciones, que quando dixo ser la estrella que apareció los reyes cosa de risa, que quiso decir no les haber aparecido estrella de ninguna suerte, lo qual es manifestamente herético contra el evangelista San Mateo". Las dos últimas fueron calificadas de nuevo por fray Mateo de Burgos el 6 de marzo de 1595. Respecto a la primera, se limitó a censurarla como "temeraria, porque la tradición eclesiástica nos enseña que el mes de março fue la Encarnación de Dios, el mesmo día que el hombre fue criado a 25 de dicho mes". De la séptima informó con más detalle y puntualidad:

Es herejía, porque cuenta S. Lucas cap. 2º con palabras muy claras cómo vinieron los pastores donde Christo había nacido y que hallaron a la Virgen sacratísima y a S. Josef en el diversorio, y allí al infante puesto en el pesebre;

pero si quiso decir que al tiempo del nacimiento de Cristo no estaban allí los pastores, no erró, porque los pastores vinieron luego después de nacido; y parécese que no quiso decir esto postrero, sino lo primero, pues añadió con desdén: "El diablo llevó allí a los pastores" (*Procesos*, pp. 77-78, 80 86-87).

Las afirmaciones del Brocense no nacen tanto de un capricho erudito, como un ejercicio de libertad filológica e histórica a la hora de interpretar los textos bíblicos. Ni siquiera se trataba de un simple alarde de racionalismo para desenmascarar los mitos de la hagiografía católica, sus tradiciones y devociones más populares. Hay que entender que el Brocense era un cristiano convencido y que no había descreimiento alguno en sus palabras, sino la búsqueda de un cristianismo más hondo, más espiritual, pero también más real, acorde con el pensamiento erasmista de la *Philosophia Christi*. Francisco Sánchez de las Brozas se empeñó en revisar la mitología cristiana, para luego ofrecer a sus contemporáneos un Dios completamente encarnado y hecho hombre, como todos los demás, es decir: nacido en casa sin misterio alguno, sin pesebre ni estrella, que jugaba a la pelota con los otros muchachos de su pueblo y cuya imitación fuera verdaderamente posible a los seres humanos que aspiraran a ser cristianos.

Bibliografía

- Assemani, Joseph Simon, *Bibliotheca Orientalis Clementino-Vaticana. Tomus secundus: De scriptoribus Syris Monophysitis* [Ed. facsimilar Roma, Typis Sacrae congregationis de propaganda fide, 1719-1728], Piscataway, Gorgias Press, 2004.
- Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1997.
- Celso, *Discurso verdadero contra los cristianos*, trad. Serafín Bodelón, Madrid, Alianza, 1988.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert-Real Academia Española, Pamplona-Madrid-Frankfurt, 2006.
- Evangelio del Pseudo Tomás*, en *Los Evangelios Apócrifos: colección de textos griegos y latinos*, ed. Aurelio de Santos Otero, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1985, pp. 285-306.
- Procesos inquisitoriales contra Francisco Sánchez de las Brozas*, ed. Antonio Tovar y Miguel de la Pinta Llorente, Madrid, CSIC, 1941.
- Protoevangelio de Santiago*, en *Los Evangelios Apócrifos: colección de textos griegos y latinos*, ed. Aurelio de Santos Otero, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1985, pp. 136-176.